

Cáscaras

Manuel Iván Pérez Fernández

El hijo

Faltan cinco minutos para las ocho. El tráfico. El maldito tráfico. La gente nerviosa, cansada, hastiada. Un sonajero de pitas e insultos. Todos quieren llegar a casa al mismo tiempo. Justo antes de que los pille la rutina y los degluta junto al sonido del despertador. Yo no oigo el despertador sonar desde hace semanas, quizá meses. Veo sus números mutar despacio, abusar de mi vigilia, de su luminiscencia cegadora. Lo apago antes de que suene. Duermo poco, a veces nada. No me dirijo a casa, voy a verlo a él. No me espera. No me esperan. No me ve. Dudo incluso de que sepa que existo. Pero voy. Insisto. Cada día de ocho a nueve.

El padre

La niebla baja los escalones de ranuras y sumideros un perro una clavícula el primer metacarpiano vólvulos de cuchara y tenedor y al abrir la boca la mano se cuele dentro junto al suspiro y al olor a café y al dolor que no cesa las manos que me asean que le dan la vuelta a mis huesos a mi piel a mi súplica del recuerdo una mujer una madre una enfermera que me seca que me abriga un arorró me quita el miedo una caricia que se escapa del laberinto delgado la nada de los muertos

La enfermera

Tengo que acordarme de comprar ciruelas, pan y queso edam. Es raro que su hijo no haya llegado. Pobrecito; está hecho de piel y ramas. Tengo la sensación de que puede romperse en cualquier momento. Son las ocho y ocho y él siempre es muy puntual. Y muy elegante. A qué se dedicará. Y zanahorias, necesito zanahorias, por Dios que no se me olviden las zanahorias. ¿Qué me dices, Anselmo? ¿A qué se dedica tu hijo? Hoy no quieres hablar, ¿verdad?, bueno no hay problema, lo entiendo, yo también tengo un mal día. Intenta abrir la boca, vamos, una cucharadita más. Solo una, venga. Tienes que comer. ¿Crees que puede oírnos, Emma Bovary? ¡Qué susto, Puri! Lo siento, lo siento, Emma. ¿Crees que nos oye? No lo sé, pero Magüi me dijo algo una vez que se me quedó grabado; recuerdas que su marido también tuvo una demencia, de inicio precoz además, lo debió pasar muy mal, imagínatelo. Puri asiente con tristeza. Pues ella me dijo que su marido era un afortunado; que Dios le quitaba los recuerdos poco a poco porque los ángeles no debían tenerlos. Porque cuando tuvieran que regresar a la tierra, sus vivencias no los dejarían hacer su trabajo, solo los atormentarían. Es bonito, ¿no crees? Puri se encoge de hombros. No sé, Madame Bovary, no sé. A mí sí que me lo parece. La verdad es que Anselmo ya casi no puede tragar, pronto comer se volverá peligroso. Y sabes que no me gusta que me llames así. Puri ríe. Pues, nena, entonces Dios se ha despistado con Anselmo. Llevo muchos años aquí y nunca lo he visto decir ni mu. Nada. Solo llora, ya lo sabes. Nacemos como bebés y nos vamos de la misma manera. Era médico. Uno con bastante fama. Me lo has dicho por lo menos cien veces, Puri. Te encanta un cotilleo. Y Puri me sonrío y se acerca a Anselmo para cantarle al oído un arrorró. Tiene una voz bonita. Dulce. Me gusta Puri. Rebosa tanta vida que a veces te sientes como una idiota a su lado. Alguien alojado en un marsupio gris y oscuro. Puri, apestas a tabaco, ¿no habías dejado de fumar? Lo he dejado, durante los cuarenta y cinco minutos que hemos tardado en acostar a toda la pandilla,

así que, Madame Bovary, no seas brasas que bastante tengo ya con mi marido. Ríe de forma débil. Me encanta Puri. Hace que el dolor que nos rodea sea más llevadero. Es carcoma, Emma. Carcoma. Esta maldita enfermedad lo devora todo y solo deja la cáscara, ¿eh, Anselmo? Deja que te dé un beso, guapetón. Puri grita. Puri siempre grita. Es la forma en la que le gotea la vida. Te digo una cosa, Emma Bovary; debe ser horrible acabar así. Vacío. Sin recuerdos. Hueco. Por eso hemos de darle nosotras los recuerdos aunque enseguida vuelen como pajarillos. Anselmo, mañana te afeito sin falta, ya verás, te voy a dejar como un galán. Grita. Más guapo que tu hijo. Y le planta otro beso, esta vez más sonoro. Y ríe, gritando también, empapándose sin querer. ¿Por qué no te gusta? ¿El qué? El nombre. Después de todo te pusieron Emma por ella, ¿no?, por *Madame Bovary*. Así es. ¡Oh *madame, madame* mía! Y hace reverencias y gestos pomposos. Y ríe. ¿Me concede usted este baile? Un vals o un minué, lo que la dama prefiera. ¡Qué tonta eres! Y bailamos. Y ríe. Y reímos. Pero Puri más.

El hijo

Es tarde. Son las ocho y diez. El tiempo es un castigo, una forma de medir las cosas que no haces. No hay aparcamiento. El hospital siempre está lleno. Un chaleco fluorescente me hace señas, me indica un sitio y luego la propina. -Jefe, yo se lo vigilo, usted vaya tranquilo-. Sé cuánto tardan las puertas en abrirse. En cerrarse. En devorarme. Otra vez el tiempo haciendo de las suyas. Los hospitales tienen un olor característico. Creo que no me acostumbraré jamás. Nunca le pregunté si le gustaba este olor. Si por eso pasaba tanto tiempo allí. Lejos de nosotros. De mí. Nunca le pregunté por qué cerraba la puerta de su despacho, por qué siempre estábamos del otro lado. Cojo el ascensor, pulso el botón sin pensar. Cerrando puertas, me avisan. Y sé cuánto tardan en hacerlo.

El padre

La comida se hace nudo traquea glotis fracturada hay un niño y su mano exige el pago
me quedo a oscuras el dolor agrieta las sinapsis en mil direcciones moviendo la úvula como
gritos de niebla fría cánticos de nada mientras la incisión me deja solo con alguien
que aspira la noche y la sorbe como una sopa de humores la primera dentellada fémur
luego cóndilo luego húmero luego resbalo por los precipicios y el niño ríe y quiero abrazarlo pero
tiene pies zambos

casi de arena

La enfermera

Ahí está su hijo. Se le ha debido de hacer tarde. Son las ocho y diecisiete. Hola, Emma, buenas noches. Buenas noches. ¿Qué tal ha pasado el día? Regulín. Cada vez le cuesta más tragar, apenas come, pronto el riesgo de aspiración será demasiado grande. Él asiente como un niño que no conoce la respuesta. Mira hacia otro lado. Quizá una sonda nasogástrica provisionalmente. Luego un catéter directo al estómago. Se encoge de hombros. Está tan solo. Le acaricio el brazo. Él lo agradece también con una sonrisa de niño. No te preocupes, todo irá bien. Y él asiente. ¿Un mal día? Ya casi nunca hay buenos. Sabe, ojalá pudiera preguntarle a él. Por favor, no me trates de usted, me hace sentir demasiado mayor. Asiente casi sin oírme. Yo siempre huí de todo esto. Me daba pavor. Él pasaba días enteros en el hospital, era su segunda casa. O puede que fuera su verdadera casa. No lo sé. Yo no sé nada de esto. No quería saber. Silencio. Lo miro. Está en otro sitio, en otro tiempo. Vaya, menudo rollo te he soltado, disculpa me dice volviendo de nuevo. No te preocupes, a veces sienta bien hablar con alguien. De alguna manera, dejarlo salir, sana. Cada vez hablamos menos, dice. Nos alejamos. Pronto nos dará vergüenza mirarnos a los ojos. No

siempre es así. Míranos, si no, ahora. Creo que la humanidad lleva salvándose mucho tiempo ya. Sabe cómo hacerlo. El hijo asiente con una sonrisa. Pasan unos segundos en los que ninguno dice nada. Echo de menos hablar con él. Su voz. Echo de menos hasta sus odiosos consejos que tanto me molestaban. Pues ve y díselo, anda, yo creo que está ahí, pero solo un poco más lejos. Más atrás. Y si te quedas con más ganas de hablar, te mando a Puri. Él sonríe débilmente. Gracias, Emma. De nada. Me da vergüenza no saber cómo se llama. Soy idiota. Oigo a mi padre diciéndome en la oreja que si esta es la clase de educación que te hemos dado. Antes de entrar en la habitación se gira y me dice: Ale. Me llamo Ale; Alejandro. Lo siento, me he presentado cientos de veces durante estos años, pero nunca te he preguntado tu nombre. Disculpa. Yo tampoco te lo había dicho. Bueno, encantada, digo. ¡Tachán! Y así es como de pronto me convierto en estúpida.

La cafetera silba. Los aromas tostados. El roce de los sobres de azúcar. Las cucharillas esperando el rocío oscuro. Damos el cambio. Le cuento a Magüi lo de Anselmo, sus dificultades para tragar, la debilidad. Magüi siempre trabaja de noche. Sus ojeras le dan un aspecto confiable, de árbol sabio. Lleva aquí desde que se abrió el hospital. Poco a poco Anselmo se apagará, dice. Muy pronto. ¿Magüi, has visto alguna vez que mejoren? Sé que es una enfermedad degenerativa, sé su evolución, pero tú llevas mucho tiempo aquí, ¿has visto alguna vez algo inesperado, otro desenlace? ¿Un milagro?, dice. Se le humedecen los ojos, las ojeras los subrayan, luego sorbe el café humeante. Descansa, Emma. Gracias, Magüi, que tengas buena noche.

El hijo

Le cojo la mano, sus dedos flacos ya apenas se mueven. El camisón se arista con los huesos. Quiero a ese hombre con toda mi alma. Lo quiero y lo odio. Su enfermedad lo barrió todo, a todos, acabó con mi madre sin que me diera cuenta y ahora lo hace conmigo. Me siento un ser

La enfermera

Hace dos días que no viene. Anselmo ya no come, solo respira. No bebe. Apenas orina. Solo los sueros lo sostienen con vida. De ocho a nueve le cojo la mano para que no note la ausencia. Le cuento cosas, pero vuelan antes de llegar a sus oídos.

El padre

No hay rastro de niño

no hay sabor ni hedor no hay fuego hay eco sediento

hay

vacío

La enfermera

Cuarto día. Puri no quiere entrar. Es la primera vez que la veo así. Dice que está resfriada, pero la conozco. Ha dejado de fumar para darle nombre a su tristeza. Le digo que no se preocupe, que yo me encargo, pero que Anselmo espera sus besos, sus gritos y yo; su risa. Mientras, sigo dándole mi mano de ocho a nueve.

El padre

Una puerta a ningún lado un niño que no llora un reproche un hueco una

caída

La enfermera

Alejandro, soy Emma, la enfermera, debes venir, ¿me oyes? Tu padre no está bien. No creo que aguante mucho más. Silencio. La respiración se le quiebra. Voy, voy enseguida, Emma, lo siento, lo siento mucho. Y cuelga. Voy a darle la mano aunque todavía no sean las ocho.

El hijo

¡Vamos, vamos, venga, apártense! Pito. Es urgente. Me salto un semáforo desafiando a la muerte, enfadado, desilusionado conmigo mismo. Me merezco que todo acabe así, que, cuando llegue, él ya se haya ido. Me lo merezco. Todos deberían despreciarme. Atravesar un pasillo lleno de reproches, de miradas hirientes. ¿Cómo he podido? Soy su hijo. Lo he abandonado. Toco la pita, alguien me insulta, pero no me redime. Nada lo hará, no habrá perdón. Lo sé. Quizá lo mejor sea hundir el pie hasta conseguir ser mi propia víctima. Quizá.

El padre

Escuece la niebla que se esfuma hay huellas de niño mientras dos falanges al sur
la vida padece su solsticio

La enfermera

De pronto Anselmo me agarra la mano con fuerza, como si un espasmo recorriese su cuerpo. Me sobresalto, pero no quito la mano. La mantengo ahí aguardando el final, haciéndole sentir las caricias de mis dedos. Le hablo, le digo que tranquilo. Susurro. Le acaricio el pelo. Su hijo aparece bajo el dintel de la puerta. Suda. Lloro. Jadea. Dime que no se ha ido. Emma, ¡por favor! ¡Vamos,

dímelo, por favor, necesito oírlo! Acércate, todavía hay tiempo. Me acaba de apretar la mano. Sonrío. Agárrasela, creo que te ha estado esperando. Al hacerlo el espasmo cede. Es increíble, estas son las largas orillas de la muerte. El hijo llora. Hola, papá, le susurra. Ya estoy aquí. No me voy a ir, ¿me oyes? No me voy a ir. No pienso dejarte nunca más. Y Anselmo gira lentamente la cabeza y abre los ojos. La cara se le agría como si soportase un dolor antiguo. Hola, hijo, dice. Un escalofrío me atraviesa. Nunca había oído su voz; la voz de un muerto. Gastada. Lenta. Amable. Apenas un susurro. Hemos de acercarnos mucho para oírlo. Su boca es una cueva mágica que nos atrae. El hijo ahora es un niño repleto de babas e hipidos. ¡Papá! ¡Papá! Lo siento, lo siento tanto. No, hijo. Todo es culpa mía. Nunca quise que me vieran así. Nunca quise que tu madre y tú tuvieran que cuidarme. Debí impedirlo cuando todavía podía. Las lágrimas corren solas, son la destilación perfecta de tristeza y alegría. ¿Te has casado? No, dice el hijo. Pues la chica parece buena. Me sonrojo. Río. Todo está permitido ahora. Quiero gritar para que venga todo el mundo. Deben verlo. Todos; Magüi; Puri. Todos. Pero me quedo allí de pie, en silencio, como una sombra que no quiere salir en la foto. ¿Y tu madre? El hijo niega. Luego rompe el lloro con otro lloro. Algo se le ha quebrado dentro. Vamos, hijo, no llores. No llores. Si ella te viera, se disgustaría. Recuerda su risa. Todavía me parece estar escuchándola. Solo se enfadaba conmigo. Me previno. Muchas veces me previno sobre el peligro de que una madre criara sola a un hijo. Y yo no le creí, no le hice caso, pensaba que lo sabía todo, que el deber estaba fuera. Lo siento tanto, hijo. Y el hijo acaricia su cara y la besa en una tierna absolución. Me pregunto cuánto durará esto, si la ciencia lo explicará algún día. Agarro la otra mano de Anselmo. Puede que sonría. El hijo asiente como dándome permiso. ¿A qué te dedicas, hijo? Soy profesor de literatura. Anselmo ahora sí sonrío. La literatura es otra medicina, dice. Del alma. Una falla de dolor atraviesa su cara de arriba a abajo. Un quejido. Una tos. Otro espasmo que lo deja rígido. El hijo lo abraza, pone la cara en su pecho buscando

refugio. Tranquilo, papá, estoy aquí contigo, susurra. Las lágrimas empapan despacio el camisón azul. Lloro como si ese hombre fuera mi padre, como si hubiese sentido su anhelo, su constante y larga dilución. Aprieto su mano, acaricio su brazo. No me odies, dice en un hilo de voz. Solo vive sin pensar en mí. Luego su cuerpo queda flácido y la vista se le pierde. El hijo llora, el corazón se para. Magüi se persigna desde la puerta. Puri llora desconsolada. No las había oído entrar. Creo que lo han visto todo. Magüi se seca las lágrimas con un pañuelo. Nadie dice nada. Solo queda el silencio vergonzoso del llanto. Porque el hijo llora. Porque todas lloramos sin reproches. Y es así como Dios deja la cáscara y se lleva al ángel, dice Puri de repente. «Pues ya era hora». Y rompe a llorar y luego ríe y todos reímos seguros de nada.